

Atanasio Girardot

Escribe: ALVARO SALOM BECERRA

— IV —

La apoteosis de Caracas—Sitio de Puerto Cabello—"El Mirador de Solano"—Un decreto y dos cartas—El corazón del héroe.

Monteverde aterrorizado con las noticias del desastre, sale a marchas forzadas de Valencia y se refugia en las fortalezas de Puerto Cabello. Bolívar ocupa militarmente a Valencia, nombra comandante de la plaza a Girardot, a quien asigna la misión de ejercer una permanente vigilancia sobre las tropas de Monteverde y atacarlas cuando la ocasión sea propicia y se dirige a Caracas.

Ese profundo conocedor de los hombres que es Bolívar escoge al más noble y leal, al más honesto y gallardo de sus oficiales para hacerlo depositario de toda su confianza. La excelsitud de este homenaje da la medida de los méritos de quien lo recibió. Bolívar sabía que Girardot le era y le sería incondicionalmente fiel y que solo la muerte podría arrancarlo de su lado. Girardot probó, dos meses más tarde, la impresionante exactitud de ese concepto.

Y aquí está el Libertador frente a los muros de su ciudad natal, la de sus padres y hermanos, la del maestro Rodríguez y la negra Hopólita, la que sonrió con sus primeras travesuras y se iluminó con los destellos precoces de su genio. Monteverde ha nombrado al brigadier Fierro, comandante de la plaza y todo parece indicar que este defenderá la ciudad centímetro por centímetro.

Contra lo que se esperaba, sin embargo, Fierro envía tres parlamentarios a Bolívar con instrucciones de pactar la rendición. El Libertador acepta la proposición para demostrar que: "...aun en medio de la victoria los nobles americanos desprecian los agravios y dan ejemplos raros de moderación a los mismos enemigos que han violado el derecho de gentes y hollado los tratados más solemnes. Esta capitulación será cumplida religiosamente para oprobio del pérfido Monteverde y honor del nombre americano...".

El 7 de agosto de 1813 Bolívar entra triunfalmente a Caracas. Una gigantesca marejada humana rodea el blanco corcel que piafa orgulloso

de la gloriosa carga que oprime sus lomos; una lluvia de pétalos, densa y pertinaz, desciende de los balcones; y un grito formidable, unánime, ensordecedor, sube hasta el cielo: "Viva Simón Bolívar", "viva la libertad". Nunca la gratitud de un pueblo tuvo una más fervida expresión; jamás la admiración colectiva conoció un paroxismo igual.

El Libertador da el parte de victoria:

"Caraqueños: El ejército de bandidos que profanó vuestro territorio ha desaparecido delante de las huestes granadinas y venezolanas que, animadas por el sublime entusiasmo de la libertad y de la gloria, han combatido con un valor divino y han llenado de un pánico terror a los tiranos cuya sangre, regada en los campos, ha expiado una parte de sus enormes crímenes....

"Por fin, compatriotas míos, nuestra república acaba de nacer con los auspicios del Congreso de la Nueva Granada, nuestra auxiliadora, que ha enviado sus ejércitos, no a daros leyes, sino a restablecer las vuestras.

Y el 14 de agosto informa al Congreso de la Nueva Granada:

"La derrota del ejército de Monteverde en Tinaquillo abrió a nuestras tropas vencedoras las puertas de todas las provincias de Caracas. Los soldados de la Nueva Granada han penetrado todo el territorio que dominaban en esta parte los españoles y el pabellón independiente tremola en todas las fortalezas de Venezuela, exceptuando el castillo de Puerto Cabello, donde se refugió el caudillo español.

"Así, siete provincias encadenadas salen de la nada a figurar en el globo. Así, un ejército europeo y los opresores destruidos hacen respetar el nombre de las armas granadinas. Caracas mira a la Nueva Granada como su libertadora. Ve sus cadenas rotas por el esfuerzo granadino y salir del sepulcro a la vida, conducida por vuestra excelencia. Es imposible explicar la gratitud, el entusiasmo, todos los exaltados sentimientos de los caraqueños...".

Pero es insensato dormir sobre los laureles. El enemigo ha sufrido durísimos golpes pero no ha sido derrotado definitivamente. Por otra parte se sabe que está a punto de llegar, procedente de Cádiz, una expedición que trae hombres, armas, dinero y alimentos para reforzar a los realistas. Es urgente, por tanto, sitiar a Puerto Cabello, por tierra y por mar, hasta conseguir que Monteverde se rinda incondicionalmente.

Sin embargo, para el asedio apenas se cuenta con 800 hombres, ya que los demás disponibles han sido enviados a los frentes de Calabozo y Coro. El 17 de agosto Bolívar y Urdaneta se dirigen a Puerto Cabello. Girardot recibe la orden de marchar con 400 hombres y por el camino de Aguascalientes, a la fortaleza. Allí debe despejar el terreno hasta el pie de Las Vigías, donde los españoles tienen montada una batería.

Girardot no se limita a cumplir esa orden sino que desaloja y pone en fuga a los realistas, obligándolos a refugiarse en el "Mirador de Solano".

Es la noche del 29 de agosto. Girardot, dueño de Las Vigías, espera el curso de los acontecimientos. Inopinadamente los realistas resuelven

romper el sitio para evitarse las privaciones y padecimientos de un asedio prolongado, por una parte y, por otra, para anular las ventajas logradas por los patriotas. Aprovechando, pues, la oscuridad de la noche, se lanzan al asalto con un nutrido fuego de artillería. Repuestos de la sorpresa los sitiadores contratan enérgicamente y los sitiados se ven forzados a buscar el amparo de los baluartes, no sin sufrir numerosas bajas.

No satisfecho con haber repelido el ataque, Girardot decide devolver golpe por golpe y así ordena que dos compañías, al mando de los capitanes Felipe Camacho y José María Monagas, den un rodeo al "Mirador" y penetrando al recinto amurallado abran fuego, fingiendo un asalto a gran escala. Los realistas, desconcertados, no pudiendo saber a ciencia cierta de qué lado proviene el ataque, optan por hacer fuego en todas direcciones. La plaza, según los testigos, ofrece el espectáculo de un vasto incendio ya que las bocas de todos los cañones expelen simultáneamente su carga incandescente. Junto con varios soldados perecen allí heroicamente los capitanes Camacho y Monagas. Pero su sacrificio no es estéril porque el estratégico "Mirador de Solano" cae en poder de Girardot. Esa fue su penúltima hazaña. La estatua está ya terminada; solo falta modelar la bandera que ha de empuñar el héroe.

El sitio continúa sin que los sitiados den muestras de capitular. Las enfermedades tropicales se ensañan contra los sitiadores. Boves, Yáñez, Puy y los demás jefes realistas se aprestan a reconquistar las provincias recién libertadas. Mariño llamado con apremio para que con su escuadrilla cierre el cerco, no acude a la cita. Y como si todo lo anterior fuera poco, arriba a la costa venezolana la expedición de Cádiz. "La temeridad no es valor ni el retirar es huír cuando el peligro sobrepuja a la esperanza", decía Cervantes. Bolívar ordena el 17 de septiembre levantar el sitio y regresa a Valencia.

El Libertador, además, persigue otro objetivo: Forzar al ejército de Monteverde a abandonar sus posiciones y salir a batirse. Monteverde acepta el reto y sale en persecución de los patriotas por el camino de Aguas-calientes. Divide sus fuerzas en dos porciones, asume el mando de una y se instala en el lugar denominado "Las Trincheras", y dispone que la otra tome posiciones en el cerro del Bárbula.

Así llega el fatídico y glorioso 30 de septiembre. Bolívar ordena el ataque al cerro aciago. Girardot y D'Elhuyart conducirán las dos columnas principales, y Urdaneta permanecerá a la expectativa con la reserva.

Se dice que la muerte envía a sus elegidos un preaviso misterioso. Que un extraño abatimiento se apodera del ánimo y la mente emprende una marcha retrospectiva hasta la infancia. Que surgen nítidamente en la memoria seres y paisajes, dolores y alegrías, triunfos y fracasos de la vida anterior. Que la conciencia, erigida en tribunal, juzga todos los hechos pasados y profiere su fallo. ¿Presintió Girardot su muerte? Unas palabras suyas, las últimas que pronunció, absuelven afirmativamente esta pregunta: "Permitid, Dios mío, que yo plante esta bandera sobre la cima de aquel monte y si es vuestra voluntad que yo perezca, dichoso moriré". Pero, ¿realmente las dijo? Esas palabras, en boca de un librepensador serían absurdas; en la de un escéptico, extrañas; pero en labios de un hombre

que ama a Dios con amor apasionado y ardiente, que lo invoca tres veces en el curso de una breve carta, que en todo se comporta como un auténtico cristiano, son simplemente lógicas. El sentimiento que las anima es el de Girardot y suya y de su época es la forma de expresión. Todo confluye a indicar que sí fueron dichas por el héroe y, en consecuencia, no resulta aventurado suponer que él tuvo el presentimiento de su muerte.

La infancia en Medellín, la pubertad en Santa Fe, las aulas del Rosario, el cuartel de la guardia realista, el 20 de julio, las recomendaciones paternas y la bendición maternal, el Bajo Palacé, Ventaquemada, Monsestate, Cúcuta, el primer encuentro con Bolívar, La Grita, Agua-obispos, El Desembocadero, Tinaquillo, Las Vigías, el Mirador de Solano, todos los recuerdos acuartelados en su memoria debieron desfilar ante él y presentarle armas. ¿Y la conciencia? ¿Qué puede reprocharle a quien no transgredió ninguna ley divina ni humana, amó a Dios sobre todos los seres y las cosas, a su patria sobre todas las naciones y a la libertad sobre todos los bienes de la vida? ¿A quien no conoció el crimen ni el pecado ni el vicio ni el desliz?

El asalto comienza. Girardot recuerda su primera proeza, vuelve a empuñar la bandera e inicia la penosa ascensión. Sus hombres, con el arma al brazo lo siguen entusiasmados. Con la respiración anhelante, cubierto de sudor, llega a la cima y ordena disparar casi a quemarropa, sobre el enemigo. Una, dos, tres descargas de fusilería y los realistas empiezan a ceder terreno. Girardot, sin soltar la bandera, ordena una carga a la bayoneta. Los soldados de Monteverde no piensan ya en ofrecer resistencia sino en entregarse o huir. Mientras unos arrojan armas y municiones y levantan los brazos en señal de rendición, otros corren despavoridos. La victoria es completa. Girardot se dispone a clavar la bandera en la parte más alta del cerro cuando uno de los fugitivos apunta su fusil hacia el abanderado y oprime el gatillo... El plomo recorre veloz el corto espacio que media entre el tirador y el blanco egregio; hiende la piel, destroza los huesos y se esconde, avergonzado, en el cráneo del héroe. Girardot, todavía apoyado en el asta de la bandera, se desploma envuelto en sus pliegues. La estatua de sí mismo que comenzó a esculpir un hombre en el Bajo Palacé ha quedado definitivamente concluída.

Como en Trafalgar, el jefe ha muerto pero la batalla se ha ganado. El cadáver del héroe yace en tierra. La sangre mana todavía caliente de la herida, cuando tres hombres rompen el cerco formado por los soldados que respetuosamente custodian el cuerpo inanimado. Son Bolívar, Urdaneta y D'Elhuyart. El hombre de hierro que erguido sobre los escombros de Caracas desafió a la naturaleza; el "hombre de las dificultades", ante cuya soberana voluntad todas se doblegaron como espigas; el que probó con sus hazañas que el "arte de vencer se aprende en las derrotas"; el que retó a la muerte en mil combates, se adelanta, cruza los brazos, dobla la cabeza sobre el pecho y durante largos minutos contempla extático, aturdido, el rostro varonilmente hermoso del héroe. Un dolor sordo, profundo, lacerante, le desgarró el alma. El superhombre, el fiero capitán, es apenas ahora un pobre padre que solloza ante el cadáver de su hijo. Por las mejillas de Urdaneta y D'Elhuyart corren incontenibles las lágrimas. Los Tres Mosqueteros de la libertad son ahora dos. D'Artagnan ha muerto.

Y al dolor del hombre sigue el del Libertador, que es el del ejército y el de la nación. Bolívar dicta un decreto que constituye un encendido panegírico del héroe. Y en la parte resolutive dispone que se le tributen los más altos honores que pueden rendirse a un mortal:

“El coronel Atanasio Girardot ha muerto en este día en el campo del honor. Las repúblicas de Nueva Granada y Venezuela le deben en gran parte la gloria que cubre sus armas y la libertad de nuestro suelo.

“Vencedor en Palacé de un tirano formidable, llevó por primera vez el estandarte de la independencia bajo las órdenes del coronel Baraya a la oprimida Popayán. Las circunstancias especiales de esta batalla memorable la harán interesante no solo al mundo americano sino a los guerreros valientes de todas las partes de la tierra. El joven Girardot osó aguardar el ejército enemigo, en número de 200 contra 75 soldados, en el puente del río Palacé. Tacón, el tirano de Popayán, no dudaba subyugar con aquellas fuerzas el extenso país de la Nueva Granada. Destinó 700 hombres para desalojar a los defensores del puente, pero el nuevo Leonidas resolvió perecer antes con sus dignos soldados que ceder un punto al poder del enemigo. La fortuna preservó su suerte de la desgracia de sus soldados que fueron muertos o heridos y la victoria más completa premió su esforzado valor y virtud. Más de 200 cadáveres enemigos regaron con su sangre aquel campo célebre, para consagrar con caracteres terribles un monumento propio al genio guerrero del héroe. Hasta entonces la Nueva Granada no había visto un peligro mayor para su libertad recientemente adquirida y las consecuencias del triunfo de Girardot salvaron a un tiempo a su patria de la esclavitud y el exterminio con que la amenazaba el tirano.

“En la actual campaña de Venezuela, la audacia y el talento militar de Girardot han unido constantemente la victoria a las banderas que mandaba. Las provincias de Trujillo, Mérida, Barinas y Caracas, que perecían bajo el cuchillo o gemían en las cadenas, respiran libres y aseguradas por los esfuerzos con que él ha cooperado bajo las órdenes de los jefes de la unión. Lo han visto buscar en estos campos a los ejércitos opresores, vencerlos intrépidamente, desafiando la muerte, por libertar a Venezuela. Hoy volaba a sacrificarse por ella sobre las cumbres del Bárbula y al momento que consiguió el triunfo más decidido terminó gloriosamente su carrera.

“Siendo por lo tanto al coronel Atanasio Girardot a quien muy principalmente debe la República de Venezuela su restablecimiento y la Nueva Granada sus victorias más importantes, para consagrar en los anales de la América la gratitud del suelo venezolano a uno de sus libertadores, he resuelto lo siguiente:

“1º—El día 30 de septiembre será un día aciago para la república, a pesar de la gloria de que se han cubierto las armas en este día y se hará siempre un aniversario fúnebre, que será un día de luto para los venezolanos.

“2º—Todos los venezolanos llevarán un mes consecutivo de luto por la muerte del coronel Girardot.

“3º—Su corazón será llevado en triunfo a la capital de Caracas, donde se le hará la recepción de los libertadores y se le depositará en un mausoleo que se erigirá en la Catedral Metropolitana.

“4º—Sus huesos serán transportados a su país nativo, la ciudad de Antioquia, en la Nueva Granada.

“5º—El Batallón 1º de Línea, instrumento de sus glorias, se titulará en lo futuro **Batallón Girardot**.

“6º—El nombre de este benemérito ciudadano se inscribirá en todos los registros públicos de las municipalidades de Venezuela como el primer bienhechor de la patria.

“7º—La familia de Girardot disfrutará por toda su posteridad de los sueldos que gozaba este mártir de la libertad de Venezuela y de las demás gracias y preeminencias que debe erigir el reconocimiento de este gobierno.

“8º—Se tendrá esta por una ley general y se cumplirá inviolablemente en todas las provincias de Venezuela.

“9º—Se imprimirá, publicará y circulará, para que llegue a conocimiento de todos los habitantes.

“Dada en el Cuartel General de Valencia, a 30 de septiembre de 1813, octavo de la independencia y primero de la guerra a muerte. Firmada de mi mano, sellada con el sello provisional de la república y refrendada por el secretario de Estado.

Simón Bolívar”.

Almas ruines, espíritus mezquinos calificaron entonces y aún califican de desproporcionado y excesivo el homenaje justiciero. Pero, ¿cómo pretender que los agiotistas justiprecien el sublime desprendimiento implícito en el sacrificio del héroe o que los usureros valoren la excelsa generosidad que conllevan los honores decretados por el genio?

El 5 de octubre parte un mensajero con rumbo a Santa Fe. Es portador de una carta del Libertador; el destinatario es un personaje que habíamos perdido de vista desde las primeras páginas de este ensayo: Luis Girardot. La carta dice así:

“Temería causar a usted el más acerbo dolor participándole la muerte de su ilustre hijo, si no estuviera persuadido que más aprecia usted la gloria que cubre las grandes acciones de la vida, que una frágil existencia.

“Es verdad que la vida del coronel Atanasio Girardot mientras más se hubiera prolongado, más timbre hubiera añadido a sus glorias y más beneficios a la libertad de su patria. Su pérdida es de aquellas que eternamente deben llorarse. Pero la causa sagrada por la que ha perecido debe un tanto suspender el dolor para pensar en sus grandes hechos y en el respeto que se debe a sus cenizas inmortales. Ellas vivirán en el corazón de todos los americanos mientras el honor nacional sea la ley de sus sentimientos y mientras la sólida gloria tenga atractivos para las almas nobles. La carrera de Girardot y su muerte excitarán aun en la posteridad

más remota la emulación de cuantos aspiren al precio del valor y sientan en sus pechos el fuego divino con que buscó la gloria propia y la de su amada patria.

“Las armas americanas deben honrarse de que haya militado en ellas el virtuoso Girardot y la causa de la libertad por quien los hombres más grandes de la tierra han combatido, nunca ha sido sostenida con más honor que en los campos famosos donde Girardot la ha hecho triunfar de los tiranos.

“Los españoles que constantemente venció, siempre temerán la espada que castigó sus perfidias y puso un borrón indeleble en sus armas. El nombre de Girardot será funesto a cuantos tiranos opriman la humanidad y sus virtudes republicanas lo colocan entre las sombras ilustres de B. y M. Scévola.

“Venezuela se ha cubierto de luto espontáneo por la muerte de su libertador y el dolor amargo que oprime los corazones no ha dejado apreciar las ventajas de la última interesante victoria que proporcionó a la república.

“El gobierno ligado por las obligaciones más sagradas a este benemérito jefe, le ha decretado por ley los primeros honores que pueden honrar la memoria de un mortal; y como comprenda a usted y a toda la posteridad la disposición del artículo séptimo, lo pongo en su noticia para que se sirva librar contra las cajas nacionales de Venezuela, a efecto de percibir los sueldos que pertenecían al coronel Girardot”.

Luis Girardot sostiene en sus manos trémulas el precioso documento. Lo lee y relee un centenar de veces, hasta aprenderlo de memoria. La muerte del hijo incomparable lo ha herido en mitad del corazón, pero el dolor que lo agobia no impide que en sus labios se dibuje una sonrisa de orgullosa satisfacción. Atanasio no ha sido inferior a los héroes y mártires de su Francia inmortal; ha hecho por su patria todo lo que él no pudo hacer por la suya; no ha desoído sus consejos ni defraudado su confianza; ha muerto como él quiso que muriera. Y, ¿qué mejor recompensa, qué mayor galardón que la carta que tiene ante sus ojos?

El dolor de Josefa Díaz no es para ser descrito. Este que ahora la abrumba solo es comparable con el que sintió otra madre, hace dieciocho siglos, a los pies del madero en que rindió su último aliento otro libertador: el Gran Libertador del género humano.

Días después Luis Girardot recibe un segundo mensaje en el que emula la nobleza del fondo con la clásica limpidez de la forma. Lo suscribe Camilo Torres, presidente del Congreso de la Unión:

“Antes que la terrible fama lleve a vuestra noticia la pérdida que acabais de hacer, recibid la expresión del presidente que os habla y a quien ha herido primero el golpe fatal. Días ha que un sordo rumor oprimía su corazón, sin atreverse a negarle enteramente su asenso ni a persuadirse de su verdad. Pero él ha sido demasiado cierto y ya no lo puedo disimular. El 30 de septiembre, completando la derrota del pérfido enemigo y al mismo tiempo su gloriosa carrera, ha dejado de existir para vos, o más bien para la patria para quien únicamente vivió siempre, el coronel de la

unión, vuestro hijo Atanasio Girardot. Ella no olvidará nunca su nombre inmortal, que se repetirá con frecuencia en las páginas de nuestra historia, para honor de la Nueva Granada que le dio el ser y para gloria de Venezuela, a quien ha conquistado su libertad. Las lágrimas de ambas bañarán abundantemente sus cenizas y cuantos se interesen en la destrucción de los tiranos llorarán su muerte temprana. Por él vivió y vivirá siempre en el grato recuerdo de la posteridad. Si algún día él ha debido pagar ese tributo inevitable de la naturaleza, ¿por qué preferir una muerte tranquila pero oscura a otra llena de gloria y que ha dado vida a la patria? Que esta reflexión modere vuestra pena y que el cielo, testigo de sus virtudes y de su consagración por la más santa de las causas, derrame sobre vuestra alma y la de vuestra esposa las consolaciones que en semejantes lances él solo puede dar”.

El Genio de América y el Verbo de la Revolución han expresado a Luis Girardot el dolor de Venezuela y de la Nueva Granada, el del continente y el del mundo libre por la muerte de su hijo. El honrado emigrante no tiene ya nada más que pedirle a la vida. Esa gloria vale más, mucho más que todo el oro que en sus días de minero anheló conquistar.

Extraído el corazón del héroe y depositado en un vaso de cristal que se encierra en una urna funeraria de madera, forrada en seda negra, con galones de oro, el cadáver es provisionalmente sepultado en el cementerio de Valencia.

El día 6 de octubre Bolívar se despide de sus tropas: “Yo no me aparto de vosotros, amados compañeros míos, sino para ir a conducir en triunfo a Caracas el gran corazón del inmortal Girardot”.

Y en efecto, preside con su estado mayor la imponente procesión que llega a Caracas el día 13. “...las campanas de los templos —refiere un testigo presencial— saludan el alba, la población comienza a llenar las calles y a las ocho llega el cortejo de Atímano.

Saludado por el cañón y rodeado por Bolívar y su estado mayor, por el prelado y su cabildo eclesiástico, con todo el clero de la ciudad, por las corporaciones civiles y militares y por las tropas de la capital, al mando del general Rivas, el corazón de Girardot, colocado en un templete, recibe las bendiciones del prelado y los honores de la iglesia. Concluídos estos, los compañeros de Girardot toman la urna y la trasladan a una carroza bellamente adornada. Estaban en esta dos niños vestidos de ángeles que se encargaron de su conducción. Seis niños más, vestidos de la misma manera tiraban de la carroza, a cuyos lados iban los tenientes coroneles Soublotte y Manrique, acompañados de algunos oficiales. La sociedad de Caracas quiso contribuir con numeroso grupo de niñas, de cinco a ocho años, las que con cestillos de flores en las manos precedían la carroza de Girardot. Puesta en movimiento la procesión que ocupó largo espacio, comienza a desfilar a las nueve de la mañana con el mayor orden y compostura. Dos horas más tarde llega el cortejo a la metropolitana. Las honras fúnebres duraron hasta el 18, día en que, después de una solemne misa, cantada por el ilustrísimo señor arzobispo y con admirable sermón predicado por el sacerdote e ilustre prócer Francisco José Rivas, la urna fue conducida a la sepultura, que lo fue tras del altar mayor de la catedral”.